

Las mujeres nacionales

PERFILES DE PAZ

Sabemos — y la hemos ponderado justamente — cómo ha sido la labor y la actitud de la mujer española en la retaguardia nacional. El sacrificio ha llegado a la categoría de vocación. La abnegación ha sido simple servicio. Ningún trabajo practicable ha sido ahorrado. Ningún entusiasmo, resistido. ¿Y en las retaguardias rojas? ¿Qué han hecho en ellas las mujeres? Este es un gran tema. Y un gran motivo de reflexión. Porque, prescindiendo, como es lógico, de las arpias que superaron sacrilegios masculinos y que hicieron de la emulación hombruna y de la blasfemia marxista un constante ejercicio, la mujer, la esposa del perseguido, la hija del encarcelado, la hermana del que estuvo escondido, como síntesis de una gran parcela humana, de una colectividad integrada en nuestra gran coyuntura, ha sido, en rigor, el coeficiente más elevado de todas las aportaciones a la Causa, en su sentido de lucha, y en su carácter de aflictiva prueba.

Al llegar a Madrid, como hace unas semanas al pisar Barcelona, hemos podido enterarnos del pormenor edificante. El heroísmo anónimo, pequeño, renovado cada día, sin desmayo, sin queja, es acaso el de más fina calidad. Se puede en un minuto decisivo consumir, por impulso, por inspiración, o por coraje, la hazaña rutilante. Es como una llamarada genial que ilumina la vida y produce la anécdota del elegido. La incorporación queda hecha. Pero la muestra ha sido rápida, fugaz, a veces impensada, y a veces ineludible. La acción episódica puede revelar una dotación moral, un valor magnífico. Por eso se premia y se exalta. ¿Y esta acción permanente, de una jornada que eslabona la precedente y la que sigue? Las mujeres nacionales de las rojas retaguardias, no han dudado un momento, no han sentido tentaciones de vacar en su deber de cada día. Muchas estaban dispuestas, por situación y por hábito, a no conocer jamás la contrariedad física. Eso que se ha dado en llamar frivolidad y que es, simplemente, una práctica cómoda, elegante y grata de vivir, parecía sustraerlas a toda preparación para las ásperas faenas y los duros trances que determinara la permanencia en la zona maldecida. Y, sin embargo, la mutación fué fácil, la costumbre se trocó soportable, y el empeño se logró hasta las horas —casi tres años, esperadas— de la clausura de la guerra.

La mujer que ha sufrido el rigor de presencia y de convivencia en estas grandes ciudades sojuzgadas por el poder marxista, ha evidenciado para siempre —para la Historia— la posesión de este factor moral que es el silencio; han sabido vivir en silencio. Han callado a sus hijos, o a sus maridos, todo el esfuerzo, toda la tensión de voluntad que necesitaban poner en juego para «estar» en el ambiente adverso, hostil y mortificante. Y han callado, en la heterogénea confusión de las «colas» y las esperas penosas, todo su sentimiento y su reacción. Y han silenciado impulsos. Y han aprendido a rezar, para adentro, ni siquiera en voz baja. Pero no han dejado de rezar. Sabían o esperaban que un día —éste que ya ha llegado— sus gargantas no tendrían freno ni para bendecir, ni para aclamar. Y

